

XXX Domingo de Tiempo Ordinario

- Eclo 35, 12-14. 16-19a. La oración del humilde atraviesa las nubes.
- Sal 33. R. El afligido invocó al Señor, y él lo escuchó.
- 2 Tim 4, 6-8. 16-18. Me está reservada la corona de la justicia.
- Lc 18, 9-14. El publicano bajó a su casa justificado, y el fariseo no.

1. ¿Qué dice la Palabra de Dios?

Ahondamos en las instrucciones que Jesús da a los discípulos sobre la oración. Hoy nos da otra enseñanza de cómo debe ser nuestra oración: con humildad y reconociendo la gratuidad de la salvación. De nuevo nos encontramos con el contraste entre dos personajes: el fariseo y el recaudador de impuestos.

El fariseo es el prototipo del hombre religioso, piadoso y fiel cumplidor de lo mandado por la Ley de Dios. Lo que decía en su oración era cierto: no robaba, ni cometía adulterios, ayunaba y pagaba los diezmos de todos sus ingresos; sin embargo, ante Jesús queda desprestigiado por la misma actitud reflejada en su modo de orar: orgullo, arrogancia, autosuficiencia, desprecio a los de otra clase social, apoyado en sus buenas obras, creyendo que la salvación es fruto y consecuencia de sus obras realizadas porque “están mandadas”. Y, por si fuera poco, utiliza la mejor oración, la acción de gracias, para vanagloriarse, fijándose en sí mismo.

El publicano era un hombre considerado “pecador público” por los fariseos porque se dedicaba a cobrar impuestos para el imperio romano. No tiene nada qué ofrecer a Dios, sólo sus pecados, pero sus gestos nos descubren su actitud: se coloca a distancia, manifestando así que no es digno de acercarse a Dios, la suma santidad; no se atrevía a levantar los ojos al cielo —actitud humilde—; se golpeaba el pecho, reconociendo su condición de pecador. Su oración breve, devota, esperanzada, confiada, que repite, resume toda su actitud interior: «Dios mío, ten compasión de mí, que soy un pecador».

Jesús nos revela que el perdón le viene al que es humilde, reconoce sus pecados y confía totalmente en la misericordia del Señor: «el que se engrandece será humillado y el que se humilla será engrandecido».

2. ¿Qué nos dice la Palabra de Dios?

- ¿Cómo y en quién nos vemos reflejados y descritos? Vemos claramente los dos modos de relacionarse con Dios: desde la religión, significada en los modos autosuficientes del fariseo (el centro es uno mismo) y desde la fe, manifestada en el reconocimiento de las propias limitaciones, y en la confianza total de que la salvación la da Dios gratuitamente (el centro es Dios).
- Para liberar nuestra conciencia de culpabilidad, lo mejor es aceptar que uno es pecador, partir de su condición de necesitado. El pensar que uno no tiene pecados es ya ubicarse lejos de la ayuda del Señor, es creerse

autosuficiente y no necesitado de la misericordia gratuita y generosa del Padre.

- El recaudador de impuestos (el publicano) nos enseña que lo primero ante Dios es “no ponerse máscaras”, “desnudarse”, abrirse totalmente a la gratuidad del Padre, manifestada en Jesús.
- Vivir y gozar de la experiencia gozosa del perdón de Dios. Hay cristianos que han abandonado la práctica de la celebración del sacramento de la confesión o reconciliación, porque el miedo se apodera de ellos. No han descubierto ni han vivido la alegría del perdón y del abrazo de amistad con el Padre.
- ¿Cómo me siento ante mi conciencia y ante el Padre? ¿Pecador con confianza o pecador autosuficiente? ¿Qué tiene que desaparecer en mi interior para experimentar vivamente el amor del Padre, aun en medio de mis limitaciones y pecados?

3. ¿Qué le respondo al Señor?

- Padre, que mi oración no quede nunca contaminada por mi soberbia y por mi falta de reconocimiento de mi condición de pobre y necesitado. Sí, sé que soy pecador. ¡Tantos detalles en mi vida me lo están diciendo! Pero, por encima de mis pecados, me siento acogido por Ti, Padre, que eres todo misericordia, perdón, bondad... Te diré, Dios mío, con toda confianza:
- Ten piedad de mí, Padre, que soy un pecador... Pero, un pecador confiado.